

ASTROLABIO

709438

Se trata del último libro de Jaime Quezada, nacido en 1942, en Los Angeles zona limítrofe de la Frontera, nuestro Far West, según Pablo Neruda. Es una suma de toda su obra hasta ahora: "Poemas de las Cosas Olvidadas", 1965, y "Las Palabras del Fabulador", 1968. A éstas se agregan algunas postulaciones sobre la poesía, referencias bibliográficas anteriores y cinco secciones de poesía, cada una de ellas un posible libro: "A la Pata Coja, Solentiname, Historias de Familia, Poemas Fechados y Astrolabio (Nacimiento Santiago; 1976, 126 páginas).

Quezada es un poeta lírico que se adscribe a ciertas líneas generales de las proposiciones que Jorge Teillier planteara respecto de estos poetas, aunque no se trata de un programa. (Vid. Teillier, Jorge, "Los poetas de los lares" Boletín U. Ch., Nº 65, mayo de 1965). Los poetas líricos han regionalizado poéticamente al país, así como antes los habían hecho los novelistas y cuentistas con María no Latorre a la cabeza. Claro que no se trata de una simple imitación o proyección a la poesía. Parecen coincidir con los mundonovistas chilenos en las ideas de Tolstói sobre la universalidad de la aldea. Dice Quezada: "conozco el mundo sin haberme movido de la puerta de mi casa". Cada uno de ellos toma como referencia algún núcleo regional o local: Teillier — Lautaro; Quezada — Los Angeles; Rolando Cardenas — Punta Arenas y los canales.

Pero, principalmente, buscan ahí un fondo común de experiencia, un origen, un mito, una revelación mágica, el rostro posible del Paraíso, el país de nunca jamás: que muchos creen poder encontrar en la infancia, aunque una infancia enturbiada por la mirada, por el recuerdo, por el punto de vista del mundo adulto.

La poesía de Quezada es el itinerario de esa búsqueda: una búsqueda que desde sus títulos define el objetivo: encontrar un lugar habitable, familiar, intocado por "los vicios del mundo moderno"; por el tedio o la nostalgia del presente.

El poeta hurga entonces en su infancia, se hace niño. Se sitúa de nuevo en el contexto familiar o en la historia o el pasado correlativo de esa infancia, rescatándolo a través de las lecturas de viejos periódicos, de crónicas de amados libros; pero de contrabando se filtran en esos mundos cerrados, mágicos o míticos las inquietudes, zozobras, los resplandores de la destrucción del presente, de la historia. En el mundo repetido, repetible y ordenado del rito familiar o pueblerino retumbaba la noción de la muerte:

También las sillas y manteles.
Una mañana mi padre dejó sobre la mesa
Unas torcazas muertas;
Y la casa olía a pólvora.

En otros poemas son otros los instrumentos que representan la intromisión de la idea de finitud, o de la historia en el mito: la televisión, la radio, las armas de fuego, el pito del tren o el silbato del lechero.

No parece posible entonces un acceso a un Paraíso intocado, ni siquiera en el retiro de Solentiname que fundado por el sacerdote — poeta Ernesto Cardena en medio de la geografía fluvial y lacustre de Nicaragua, sirve de asunto a una sección de su libro. Armonizar los dos mundos parece entonces la nueva tarea del poeta, y ésta empresa se vislumbra a través del canto o de la muerte:

Aquí en Solentiname no se ve televisión
Ni se escucha la radio
Ni se leen los magazines de la prensa
Pero se sabe todo lo que ocurre en el mundo
Porque alguien toca la guitarra
Y canta.

La muerte se da en la

forma de una integración a la tierra y a su capacidad regeneradora, condición ineludible en su caso:

"Mi corazón hace crecer la hierba
Yo voy desapareciendo lentamente en la hierba"
dice en un poema, y en otro:
"Me hago niño
Me hago eterno
Doquiera que vaya floreceré".

Pero en última instancia, tampoco parece el canto una reserva vital del poeta. Quezada ha elegido un ave sin blasones para connotar la situación del poeta, que en una línea heráldica descendente es heredera del albatros de Baudelaire o del cisne dariano, el ganso:

"He visto un ganso bañarse en un charco
Sumergirse tres o cuatro veces en el agua
Abrir luego sus alas y graznar como si cantara".

Así se explica el cierre parcial de la obra de un poeta que suponemos todavía no agotado, confiando que se trata sólo del cierre de un ciclo.

WALTER HOEFLER

Las cucharas y los platos.
Tenían en el comedor sus nombres y lugares,